

Los fundamentos de la Mariología en las Epístolas de San Pablo.

EL PROTO-EVANGELIO ESTUDIADO A LA LUZ DE LA TEOLOGÍA
DE SAN PABLO

INTRODUCCION

Hecho a primera vista extraño: San Pablo no pronuncia, ni una vez si quiera, el dulcísimo nombre de María. Con todo, a poco de reflexionar se adivina fácilmente la razón. En Cristo existen dos órdenes de relaciones: unas más personales e intrínsecas, otras más oficiales, ministeriales y jerárquicas. Ahora bien, en aquellos primeros momentos de la predicación evangélica era ante todo menester asegurar y poner de relieve el carácter, por decirlo así, oficial y público de Cristo en su persona y en su obra; lo demás vendría de suyo, espontáneamente. De ahí proviene la relativa oscuridad que oculta y como eclipsa a María en aquellos primeros días de la expansión evangélica; es que María pertenece al orden de las relaciones más personales e intrínsecas con Cristo. Es María la Reina madre que, con toda su dignidad y majestad, con todo su influjo en el corazón del Rey su Hijo, con toda la veneración y cariño que le profesan los vasallos, no tiene, sin embargo, parte oficial en el gobierno; no da leyes ni reales órdenes, no reparte cargos ni otorga condecoraciones. Este eclipse de una reina madre existe principalmente en los días de conquista o de constitución de un reino; es necesario que antes el Rey tome posesión de su trono y posea pacíficamente sus estados, para que la atención de los vasallos se fije debidamente en la reina madre. De ahí el silencio que respecto de María guarda Pablo, el heraldo del divino Rey, el primer propagandista de su reino entre la gentilidad. No es, pues, de maravillar que en aquellos prime-

ros momentos de conquista y consolidación toda su atención se fijase casi exclusivamente en el Rey. Y cuando el honor incomunicable de este único Rey parecía peligrar, el corazón de Pablo se estremecía; y al impulso de su emoción parecía tratar con menos consideración y aun con desdén y enojo a los que alguien presentaba como rivales del Rey, por más inocentes que fuesen; y entonces el celo por la honra del Rey ponía en su boca frases, en apariencia, duras para con el principio de los apóstoles o para con los mismos ángeles. El ideal de Pablo era: *todo y en todas las cosas, Cristo.* Mas una vez asegurada ya la preeminencia soberana del Rey, nadie más generoso que Pablo en enaltecer a los fieles servidores de Cristo. En particular, respecto de la Virgen Santísima, basta recordar que el documento inspirado en que más de relieve aparecen las prerrogativas de la Madre de Dios, son precisamente los dos primeros capítulos de San Lucas, el Evangelio por excelencia de San Pablo y la parte más paulina de él. El Evangelio que la antigüedad cristiana miraba como una reproducción de la predicación evangélica de San Pablo es el que podemos llamar Evangelio de María.

Mas si para la construcción del edificio de la Mariología San Pablo apenas ofrece materiales, en cambio suministra algo que, puestos los materiales, no vale menos que ellos. San Pablo nos da los fundamentos, la estructura, la trabazón y armonía de la Teología mariana. Sin metáforas, osamos afirmar que los principios fundamentales que sostienen, informan, ilustran y fecundan la Mariología, se hallan en las Epístolas de San Pablo con mayor luz y fuerza que en ningún otro escritor inspirado.

Tal es el pensamiento que ahora deseamos poner de manifiesto. No puede negarse que en los tiempos modernos la Mariología ha adelantado notablemente, hasta constituirse en rama distinta de la Teología; pero no es menos cierto que todavía queda mucho por hacer para dar a la Mariología toda su consistencia, amplitud y dignidad; y una de las cosas que principalmente hay que hacer es sacar de la Teología, o mejor de la Cristología o Soteriología de San Pablo los principios luminosos que esclarecen y gobiernan toda la Mariología.

Para que nuestra investigación sea más provechosa, nos ceñiremos estrictamente a nuestro objeto: que no es precisamente componer una Mariología sacada de las Epístolas de San Pablo, sino más bien determinar el partido que se puede y debe sacar de ellas, iluminando con su luz los elementos mariológicos contenidos en el Proto-Evangelio.

Todo nuestro trabajo se divide naturalmente en dos partes. En la pri-

mera presentaremos el principio fundamental de la Mariología a la luz de la Teología de San Pablo. En la segunda especificaremos las aplicaciones, derivaciones o conclusiones de este principio, siempre inspiradas en la Teología del grande Apóstol.

La razón de esta división dista mucho de ser arbitraria: desde nuestro punto de vista es casi de absoluta necesidad. En efecto, por una parte la fuente bíblica más copiosa y clara de la Mariología, a lo menos después de los dos primeros capítulos de San Lucas, es el llamado Proto-Evangelio (Gén. III, 15), en que se presenta a María como «la Mujer» que mantiene eterna e irreconciliable enemistad con la serpiente, «la Mujer», de quien nace la «Descendencia», que ha de luchar con la misma serpiente y le ha de quebrantar la cabeza. Por otra parte, uno de los aspectos más luminosos y fecundos, por no decir el más luminoso y fecundo, bajo el cual presenta San Pablo al Redentor, es el de «Nuevo Adán». El sencillo cotejo de estos dos elementos sugiere invenciblemente el considerar a María como «Segunda Eva». Los que conozcan la importancia de este carácter de María como «Segunda Eva» en la tradición patrística más antigua, y adviertan el partido que de él ha sacado la Mariología, entenderán fácilmente que este cotejo de la concepción paulina del «Nuevo Adán» con el Proto-Evangelio exige ser tratado previamente por vía de principio o fundamento. Por otra parte existen en los escritos de San Pablo multitud de textos, que, más o menos directamente, pueden ilustrar la Mariología, ya dependientemente de la consideración fundamental de «Segunda Eva», ya independientemente de ella. Todas esas aplicaciones, derivaciones o conclusiones hallarán conveniente cabida en la segunda parte.

PARTE PRIMERA

MARÍA SEGUNDA EVA

La concepción paulina del Segundo Adán, del Hombre nuevo, aplicada al Proto-Evangelio, lo fecunda maravillosamente y como transfigura por completo. No sólo le comunica nueva luz y energía para derivar de él las principales prerrogativas de María, sino que consolida y amplía su principio fundamental. Es esta teoría del Apóstol a manera de injerto vigoroso, que, introducido en el organismo de un árbol ya de suyo fecundo, le comunica nuevo empuje vital, que le hace producir frutos más copiosos y

regalados. Para que se pueda apreciar esta fecundidad, es conveniente proponer de antemano, rápidamente a lo menos, el pensamiento de San Pablo.

I.—«EL NUEVO ADÁN» EN LAS EPÍSTOLAS DE SAN PABLO

Comencemos por los textos.

En dos puntos principalmente presenta el Apóstol a Cristo como «Nuevo Adán»: en el capítulo V de la Epístola a los Romanos y en el XV de la Primera a los Corintios. En el primer pasaje le presenta sobre todo como cabeza de la nueva humanidad y origen de la gracia; en el segundo, como principio de vida inmortal. Con todo, en ambos pasajes se combinan y matizan los dos aspectos, de suerte que mutuamente se explican, atraen, completan e ilustran.

El texto a los Romanos es sin duda más importante, pero también mucho más complejo y aun complicado. Como no es éste lugar propio para largos comentarios, procuraremos que la presentación externa le comunique la mayor claridad posible.

I.—El hecho: Por tanto, como por un solo hombre el pecado entró en el mundo, por el pecado, la muerte, — y así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron; porque anteriormente a la ley existía el pecado en el mundo; mas, no habiendo ley, el pecado no se imputa: sin embargo, reinó la muerte desde Adán a Moisés, aun sobre los que no habían pecado a imitación de la transgresión de Adán, que es figura del que había de venir...—

no fueron de la misma manera la ofensa y el don.

Porque si por la ofensa de uno solo los que eran muchos murieron, mucho más la gracia de Dios, y el don en la gracia de un solo hombre Jesu-Cristo, sobrareabundó en los que eran muchos.

Y no fué el don como por uno que pecó: porque la sentencia procede de uno solo para condenación, mas el don toma principio de muchas ofensas para justificación.

Porque si por la ofensa de uno solo la muerte reinó por culpa de este solo,

II.—Contraste: Pero

mucho más los que reciben la sobreabundancia de la gracia y del don de la justicia, reinarán en la vida por solo Jesu-Cristo.

III.—Semejanza: Así, pues, como por la ofensa de uno solo recae la condenación sobre todos los hombres, así también por la justicia de uno solo viene sobre todos los hombres la justificación de vida.

Porque como por la desobediencia de un solo hombre fueron constituidos pecadores los que eran muchos, así también por la obediencia de uno solo serán constituidos justos los que son muchos.

Conclusión: Mas la ley entró de por medio para que la ofensa creciese; mas donde creció el pecado, sobreabundó la gracia: para que, como reinó el pecado en la muerte, así también reinase la gracia por la justicia para la vida eterna, por Jesu-Cristo Señor nuestro (Rom. 5, 12-21).

El pasaje paralelo de la Primera a los Corintios, sin alcanzar la profundidad y trágica grandeza del anterior, es en cambio más luminoso y da lugar a más aplicaciones.

Cristo ha sido resucitado de entre los muertos, primicias de los que duermen.

Porque, pues, por un hombre vino la muerte, también por un hombre la resurrección de los muertos.

Porque como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados.

Mas cada uno en su propio orden: las primicias, Cristo; luego los que son de Cristo, en su advenimiento...

Es menester que él reine, hasta que Dios le ponga debajo de los pies a todos los enemigos.

El postre enemigo destruido será la muerte...

Si hay cuerpo animal, le hay también espiritual.

Así también está escrito: «Fué hecho el primer hombre, Adán, alma viviente»:

el último Adán, espíritu vivificante.

Sólo que no es primero lo espiritual, sino lo animal; luego lo espiritual.

El primer hombre, de tierra, (era) terreno; el segundo hombre (viene) del cielo.

Cual el terreno, tales también los terrenos; y cual el celeste, tales también los celestes.

Y como llevamos la imagen del terreno,
llevemos también la imagen del celeste (1 Cor. 15, 24-26; 44-49).

Tales son los textos. Su importancia y dificultad exige algunas reflexiones.

En general, dos son como los polos de esta concepción de San Pablo: 1) la analogía del Segundo Adán con el primero en la solidaridad con la humanidad entera, que encierran en sí y representan; 2) el contraste radical entre ambos: por su mutua oposición o contrariedad, por las incomparables ventajas que el segundo hace al primero, y por el exceso o sobreabundancia del bien sobre el mal: triple contraste de reversión, de superioridad personal y de preponderancia real.

A la luz de esta analogía y de este contraste, veamos más en particular cómo San Pablo presenta a cada uno de estos dos personajes, que cifran y personifican en sí toda la humanidad.

Adán.—«Por uno todos, en uno todos». No existe en el orden moral ninguna unión tan estrecha como la de la humanidad entera con Adán. Ni la ciudad, ni la familia, ni otra sociedad humana, tienen entre sí tan fuerte cohesión. Todos los hombres estaban representados, encerrados, contenidos moralmente en Adán. Adán era como el centro de atracción del mundo humano, la cabeza de un organismo inmenso y compacto. Entre Adán y sus hijos existía comunión vital, solidaridad única e incomparable. La suerte de Adán había de ser la suerte de todos; y, lo que más es, a la voluntad de Adán estaban vinculadas las voluntades de toda la humanidad; y la justicia o transgresión de Adán había de ser justicia o pecado universal de todos los hombres.

Adán pecó, y todos pecamos en él. Los efectos fueron desastrosos. El pecado invadió el mundo, y como déspota asentó en él el trono de su imperio universal. La corrupción moral que siguió al primer pecado fué espantosa. Y «por el pecado la muerte», cuyo cetro de hierro se extendió sobre todos los desgraciados hijos de Adán, sin perdonar uno solo. Todos los hombres cautivos y esclavos del pecado y de la muerte.

Cristo.—Adán, al arrastrar en su crimen y su ruina a la humanidad entera, mereció ser destituido de su honorífica jefatura. Y lo fué. El lugar de Adán fué ocupado por Cristo. En vez de Adán, Cristo es la cabeza, el principio, el padre de la humanidad.

La nueva solidaridad es más compacta que la primera. Al descomponerse el viejo organismo, surge un organismo más perfecto, más sólidamente trabado, eternamente indestructible. Toda la humanidad, como dis-

gregándose del viejo Adán, es atraída, asociada, adherida, trabada a Cristo.

En esta unión de la humanidad a Cristo y en Cristo hay como tres grados. Una unión menos estrecha, meramente moral y análoga enteramente a la unión precedente con Adán, es anterior a la muerte de Cristo. Cuando Cristo moría por nosotros, y nosotros en él, ya nosotros estábamos de alguna manera, jurídicamente, representados e incluidos en Cristo. A la muerte y resurrección de Cristo siguió una unión mucho más compacta. Al morir nosotros en Cristo, y con nosotros el hombre viejo, en cierto modo quedó suprimida nuestra antigua personalidad, y fuimos como absorbidos por la persona y la vida de Cristo. Místicamente éramos ya miembros de Cristo. Pero todo esto era aún virtual y potencial. Para que esta unión mística se hiciese actual y real habíamos de ser regenerados en Cristo y ser incorporados en él por la fe y el bautismo. Entonces, finalmente, la agregación se convirtió en inefable unidad e identidad. Entonces quedó definitivamente formado el cuerpo místico de Cristo, el Cristo místico, en el cual halla su más adecuada verificación la misteriosa expresión de San Pablo «*En Cristo Jesús*».

Los efectos de esta nueva solidaridad son maravillosos. Al reino del pecado y de la muerte sucede el reino de «la gracia por la justicia para la vida eterna». Los hombres, favorecidos por la gracia de Dios y de Cristo, reciben el don de la justicia, con la cual quedan intrínsecamente justificados, participando y reproduciendo en sí la justicia de Cristo. Verdaderamente la gracia de Dios reina, triunfa, se desborda. Y por la gracia los justos reinan y reinarán eternamente en la vida, todo por mediación de Jesucristo, Señor nuestro. Ni será solo el espíritu quien participe de la vida de Cristo. Si por un hombre sobrevino la muerte, por otro vendrá la resurrección de los muertos. Cristo es como las primicias de la resurrección; pero a las primicias seguirá toda la mies. La muerte, la última potencia hostil, será finalmente destruida. Y no será el cuerpo de la resurrección como este cuerpo grosero que se arrastra por la tierra. Al cuerpo animal, terreno, sucederá un cuerpo, como dice San Pablo, espiritual, celeste, modelado a la imagen del Hombre celeste, «espíritu vivificante». A la podredumbre, a la miseria, a la impotencia, a la grosería de un cadáver en putrefacción, o reducido a polvo, sucederá la inmortalidad incorruptible, la belleza radiante, la agilidad robusta, la delicadeza émula de los seres inmateriales. Con el influjo prepotente del espíritu el cuerpo glorioso quedará sustraído a las leyes más deprimentes de la materia y remedará las

propiedades de los mismos espíritus, transfigurado a imitación del Nuevo Adán resucitado. «Cuál el celeste, tales también los celestes».

II.—LA NUEVA EVA SUGERIDA POR SAN PABLO.

Ahora apliquemos la teoría del Apóstol a la Mariología del Proto-Evangelio.

En esta aplicación se puede proceder de dos maneras: 1) Aplicando simplemente a la narración del *Génesis*, y a la argumentación teológica fundada en ella, la concepción paulina del Segundo Adán. 2) Buscando y recogiendo en San Pablo los elementos de una argumentación teológica semejante, que, sin fundarse directamente en la narración del *Génesis*, viene, por lo mismo, a confirmarla. La primera manera, en medio de su sencillez es, sin duda, más eficaz y fecunda; la segunda es más bien una confirmación. Aunque, por otra parte, el primer procedimiento, fundado solamente en afinidades intrínsecas, ofrece únicamente una base para la comparación; el segundo, más positivo y documental, no solamente da margen a la comparación, sino que además parece la solicita y promueve.

1. *El Proto-Evangelio a la luz del «Nuevo Adán».*—En el Proto-Evangelio la raíz (lógica) de todas las prerrogativas de la Mujer está en su estrecha asociación a la «Descendencia» y en su oposición a la serpiente; lo cual da a la Mujer un lugar preferente y único. Ahora bien, en la concepción paulina la solidaridad del Nuevo Adán con la nueva humanidad es mucho más compacta y consistente que en el *Génesis*; la oposición del Hombre nuevo y de todo lo que en sí encierra, con el principio del mal, es igualmente más vigorosa y mucho más comprensiva y fecunda. Además, la significación o posición histórica del Nuevo Adán tiene en San Pablo un relieve que no posee en el *Génesis*.

Ya sola esta consideración hace subir de punto inmensamente todas las prerrogativas de la Mujer expresadas en el Proto-Evangelio. Si éstas se fundan en su solidaridad con Cristo, en su oposición con el principio del mal, en su posición única en la historia; claro está que, creciendo, como crecen en San Pablo, esta solidaridad, oposición y significación, crecen y se afianzan en la misma proporción las prerrogativas fundadas en ellas. En suma: San Pablo cifra toda la redención en el Nuevo Adán, como toda la ruina estaba cifrada en el Antiguo Adán. Por otra parte, el incalculable exceso del Nuevo Adán sobre el primero, y del bien sobre el

mal, dan a la fuerza salvadora y bienhechora del Hombre nuevo más eficacia que la que tuvo la fuerza destructora del antiguo. Por consiguiente, cuando más no hubiese, aunque San Pablo no diese margen para asociar al Nuevo Adán la Nueva Eva, bastaba el mayor relieve dado al Nuevo Adán para que las prerrogativas de la Segunda Eva, anunciadas en el *Génesis* y conocidas ya, por tanto, de antemano, adquiriesen mayor realce y consistencia. En realidad, la transfiguración del Segundo Adán, obrada por San Pablo, transfigura igualmente a la Segunda Eva.

2. *La Nueva Eva sugerida directamente por San Pablo.*—Pero el Apóstol hace algo más: si no habla explícitamente de la Segunda Eva, sugiere positivamente su asociación al Nuevo Adán. Recojamos estos indicios sueltos, que, si cada uno en particular pudiera dejarse de tomar en cuenta, con todo, tomados en conjunto son harto significativos.

Primeramente asienta San Pablo como principio, que después desen-
vuelve y especifica, que «Adán es el tipo del venidero». De lo cual se sigue que esta representación figurativa de Adán respecto de Cristo se extiende, a lo menos, a los elementos esenciales o más importantes que hubo en la ruina, y que habían de hallar correspondiente contraste en la reparación. Ahora bien, conforme á la narración genesiaca, la parte de la mujer en la prevaricación del primer Adán es manifiestamente importante, por no decir esencial. Luego en la reparación, en que se desandan los malos pasos andados por nuestros primeros padres, ha de concederse a la mujer un papel análogo, si bien en orden inverso, al de la antigua Eva. Para que se entienda mejor lo legítimo de este raciocinio, recuérdense las aplicaciones que hace el mismo Apóstol, con mucho menor fundamento sin duda, de la historia del antiguo Israel según la carne al nuevo pueblo de Dios (1 Cor. 10, 1-11), donde establece el principio que «Esas cosas resultaron figuras respecto de nosotros... Estas cosas les acontecían en figura, y fueron escritas para nuestro aviso.»

Pero rasgos más concretos tiene aún el Apóstol. Primeramente asocia al hombre la mujer: «Ni la mujer sin el varón, ni el varón sin la mujer». Y añade con visible alusión al primer hombre y a la primera mujer: «Porque como la mujer procede del varón, así el varón viene al mundo por medio de la mujer» (1 Cor. 11, 11-12).—Además, y es lo más importante, el mismo Apóstol señala la parte que tuvo Eva en el primer pecado: «Temo no sea caso que como la serpiente sedujo con su astucia a Eva, así sean depravadas vuestras inteligencias de la sencilla lealtad y de la santidad que debéis a Cristo» (2 Cor. 11, 3). Y más explícitamente en su Primera a-

Timoteo: «Porque Adán fué formado primero, después Eva. Y Adán no fué engañado, mas la mujer, engañada, incurrió en transgresión» (1 Tim. 2, 13-14). Donde señala el Apóstol la triple cooperación, o mejor dicho, procedencia o causalidad de Eva en el pecado: en cuanto ella fué la engañada por la serpiente, ella la primera en violar el precepto de Dios, y sobre todo, ella fué la que indujo a Adán a pecar, pues él no fué engañado por la serpiente infernal.—Todos estos indicios adquieren mayor fuerza, si se considera que San Pablo alude visiblemente a la narración del Génesis, que tenía tan bien conocida.

Otro indicio no despreciable es la expresión, por tantos títulos notable, que emplea el Apóstol para significar la encarnación y nacimiento de Cristo: «factum ex muliere», «hecho de una mujer» (Gál. 4, 4), que con manifiesta alusión reproduce la expresión del Génesis «Semen Mulieris», «Descendencia de la Mujer», donde señala la relación de la Nueva Mujer con el Nuevo Adán.

En conclusión: al dar San Pablo tanto relieve al Nuevo Adán, y, por otra parte, al asociar, conforme a la narración del Génesis, la mujer al varón, y subrayar la parte de la primera mujer en el primer pecado, parece como que nos pone en la boca el nombre de la Segunda Eva, asociada al Segundo Adán y a su obra de reparación.

Las aplicaciones que vamos a hacer de este principio fundamental mostrarán toda su solidez y relieve, todo su alcance y fecundidad.

PARTE SEGUNDA

APLICACIONES DEL PRINCIPIO FUNDAMENTAL

LAS PRERROGATIVAS DE LA SEGUNDA EVA

Las prerrogativas, excelencias, gracias y privilegios de la Segunda Eva se distribuyen naturalmente en tres órdenes. 1) Ocupa el primer lugar la maternidad divina, raíz, origen y centro de todos los demás privilegios, a la cual hay que asociar, como propiedad o modalidad suya característica, la perpetua virginidad. 2) En segundo lugar se ofrecen las disposiciones morales de esta maternidad, esto es, su perfecta santificación, que comprende la Concepción Inmaculada, la total inmunidad de pecado actual, y la extirpación del fómito de pecado y, por fin, la plenitud de gracia. 3) Vie-

nen en tercer lugar otros privilegios que son como consecuencias, derivaciones o ampliaciones de la divina maternidad, es a saber, la maternidad espiritual respecto de los hombres, los oficios de corredentora y de mediadora universal, y su resurrección anticipada y gloriosa asunción a los cielos.

Quizá otro orden en la numeración de estos privilegios sería más rigurosamente científico. Convenimos, por ejemplo, en que lógicamente el carácter y oficio de Corredentora se sigue más directa e inmediatamente del carácter fundamental de la Nueva Eva, que no la Concepción Inmaculada. Parece, con todo, exigir esta inversión una razón poderosísima, que no es precisamente la prioridad cronológica de la Concepción Inmaculada, sino el grado de su certeza dogmática, que servirá de base a toda nuestra argumentación. En efecto, la definición dogmática no sólo nos certifica con certeza de fe que la Virgen María fué concebida sin pecado original, sino que al fundarse en el Proto-Evangelio y en el carácter de Nueva Eva, acredita y corrobora de antemano todos los raciocinios análogos que de este carácter fundamental de María deduzcan otros privilegios, igualmente contenidos en él, principalmente los que de él se deriven más inmediatamente que la misma Concepción Inmaculada, como es el oficio de Corredentora.

El plan o método de nuestra argumentación coincide con el objeto de nuestro trabajo: hacer ver la nueva luz que adquieren a la luz de la Teología de San Pablo estas prerrogativas de María, contenidas en la narración del Génesis. En otras palabras: veremos qué fundamento tienen en el Proto-Evangelio en sí considerado estas prerrogativas, para entender luego toda la fuerza y esplendor que les comunica la concepción paulina del «Nuevo Adán» y, en general, toda la Teología de San Pablo.

I.—MATERNIDAD Y VIRGINIDAD

A. *Maternidad divina de María.*

En el Proto-Evangelio, que la Mujer prometida sea madre del Reparador está tan claro, que el mismo Reparador no tiene otro nombre que el de «Descendencia» o hijo de la Mujer. Lo que no está claro, lo que allí apenas se insinúa es que el futuro Reparador sea el mismo Dios en persona. Viceversa: en San Pablo la maternidad de María respecto de Cristo sólo se afirma incidentalmente y sin pronunciar el nombre de la Madre; en cambio, la divinidad del Nuevo Adán, y consiguientemente el carácter divino

de la maternidad de María está expresado con toda claridad y bajo sus múltiples aspectos. Así las dos fuentes de la Teología mariana se explican y completan mutuamente.

A cuatro series o grupos pueden reducirse los textos de San Pablo que se refieren a la maternidad divina de María.

A. La primera serie comprende todos aquellos textos que explícita o implícitamente afirman la divinidad de Cristo. De estos textos el más importante para el objeto presente es el de la Epístola a los Romanos (9, 5), porque además de proclamar categóricamente la divinidad del Salvador, habla al mismo tiempo de su origen humano: «De quienes (de los judíos), dice, son los Patriarcas, y de quienes (procede) Cristo según la carne, quien es sobre todas las cosas Dios bendito por (todos) los siglos». En este texto, lo mismo que en otros muchos, atribuye el Apóstol a un mismo sujeto o persona propiedades divinas y propiedades humanas, confesando con ello la unidad personal de las dos naturalezas divina y humana. Y en general, es bueno notar aquí que los más de los textos y los más eficaces para probar esta unidad de persona de las dos naturalezas, y consiguientemente la llamada comunicación *de idiomas*, se hallan en las epístolas de San Pablo. Luego con sólo esto se obtiene que la Madre de Cristo es verdadera Madre de Dios, no ya solamente porque Cristo es Dios, sino además porque precisamente se le llama Dios, cuando se habla de su origen humano.

B. Otra serie de textos habla del origen o nacimiento humano de Cristo. El más importante es el ya antes citado de la Epístola a los Gálatas (4, 4), en que se dice de él que «fué hecho de una mujer», la cual, aunque no se la nombre, es, claro está, su Madre, la Virgen María. Cada uno de los dos elementos de esta expresión: «fué hecho» y «de mujer», tienen especial significación. «Fué hecho», como ya lo notó con singular energía San Beda el Venerable, expresa vigorosamente la consustancialidad humana de Cristo con su Madre; —«de mujer», o «de una mujer», es, según ya hemos advertido, una alusión manifiesta al Génesis.

En otros textos se dice de Cristo que es, o se hizo, del linaje de David (Rom. 1, 3; 2 Tim. 2, 8), o del linaje de Abrahán (Gal. 3, 16). Donde son de notar dos cosas, que no carecen de importancia. Es la primera, que nunca se dice de Cristo que sea del linaje de Adán, como se dice que es del linaje de David o de Abrahán o de Judá (Hebr. 7, 14). Es que Abrahán, Judá o David conservan su propio ser, carácter o representación, como padres del Mesías; Adán, en cambio, por no haber sabido mantener el lugar

preeminente, en que Dios le había colocado, de padre y cabeza de los hombres, desaparece, se eclipsa, y queda suplantado o sustituido por Cristo. Así que Cristo no es hijo de Adán, sino otro Adán, el Hombre nuevo, que anula al primero y se pone en su lugar.—La segunda cosa digna de notarse es que el llamar a Cristo preferentemente hijo de David y de Abrahán, como también lo hace San Mateo en el título de su Evangelio (1, 1), tiene su razón de ser en que las promesas mesiánicas más espléndidas se hicieron principalmente a estos dos patriarcas: el padre de la raza hebrea y el fundador de la dinastía real mesiánica. Ahora bien, a su nacimiento de María debió Jesús el ser hijo de Abrahán, el pertenecer al pueblo de Dios, y el ser heredero del trono real de David, su padre.

C. Otra serie de textos ponen de relieve la solidaridad de la sangre, que existía en el pueblo de Dios, y consiguientemente, la estrechez de las vínculos naturales entre Jesús y María. En este sentido, además del texto antes citado de la Epístola a los Romanos (9, 5), pueden recordarse estos otros: «Si las primicias son santas, también lo es la masa; y si la raíz es santa, también las ramas» (Rom. 11, 16). —«(Los Judíos) en virtud de la elección (divina) son amados (de Dios) a causa de los Padres» (Rom. 1, 18). Sin duda que al aplicarse a la Virgen estos testimonios han de invertirse; no son aquí las primicias las que santifican la masa, ni la raíz la que santiifica la rama ni es la madre la que en virtud de la divina elección hace al Hijo amado de Dios, sino al contrario; pero la inversión, en este caso, lejos de disminuir o desvirtuar la fuerza de la aplicación, más bien la acrecienta y multiplica (Cf. también Rom. 1, 16; 3, 1; 9, 3).

D. Finalmente, una cuarta serie de textos sirve para poner de manifiesto la excelsa dignidad y la situación única e incomunicable de la Madre de Dios. Estos textos hablan ciertamente del Hijo, comparado con los servos o ministros de la casa de Dios, sean éstos Moisés o los Angeles; pero está claro que lo que se dice del Hijo en la casa o familia de Dios, vale también proporcionalmente de la Madre.

Del Hijo, comparado con los Angeles, dice el Apóstol en la Epístola a los Hebreos: que ha sido «constituido tanto más excelente que los Angeles, cuanto respecto de ellos ha heredado un nombre más aventajado. Porque ¿a quién de los Angeles dijo (Dios):

Hijo mío eres tú, yo hoy te he engendrado (Ps. 2, 7)?

O también:

Yo para él seré Padre, y él para mí será Hijo. (2 Sam. 7, 14)?» (Hebr. 1, 4-5).

*Y ¿a quién de los Angeles ha dicho (Dios) jamás:

*Siéntate a mi derecha,
hasta que ponga a tus enemigos
como escabel de tus pies (Ps. 109, hebr. 110, 1)?*

«Acaso no son todos espíritus servidores, enviados a un ministerio en favor de aquellos que han de alcanzar la herencia de la salud?» (Hebr. 1, 13-14).

Y comparando al Hijo con Moisés dice el mismo Apóstol: «Moisés ciertamente fué fiel en toda la casa de Dios, a manera de criado (destinado) a (dar) testimonio de las cosas que se habían de decir (al pueblo en nombre de Dios); mas Cristo (se presenta) como Hijo sobre su propia casa» (Hebr. 3, 5-6).

De semejante manera es lícito arguir, hablando de María: Moisés, Pablo (Rom. 1, 1...), los Apóstoles todos (1 Cor. 4, 1), los Angeles mismos son ministros o siervos en la casa de Dios respecto de Jesu-Cristo, el Hijo unigénito, el Heredero: María, en cambio, es su Madre. ¿A quién, fuera de ella, ha dicho jamás el Hijo de Dios: Tú eres mi Madre, tú me has engendrado;—o, Tú eres mi Madre, yo soy tu Hijo?

En suma, en San Pablo, comparado con el Proto-Evangelio, hallan su más firme fundamento y plena justificación los principales aspectos de la maternidad divina de María; la divinidad del Hijo, que nace de María; la unidad indivisible de la persona, en quien termina la generación; la solidaridad que esta maternidad establece entre la Madre y el Hijo, y la dignidad que de ahí resulta a la Madre.

B. Virginidad de la Madre de Dios.

No deja de ser sugestiva la insinuación que hace el Proto-Evangelio de la virginidad de «la Mujer» prometida. Primeramente, a la «Descendencia» se la llama «Descendencia de la Mujer». Ahora bien, si esta misteriosa maternidad hubiera ido acompañada de la correspondiente paternidad, al padre, y no a la madre, tocaría el honor de dar el nombre a la «Descendencia». Luego señalar es que no hubo padre. Además «la Mujer» y su «Descendencia» iban a ser la Nueva Mujer y el Hombre Nuevo, en sustitución de Eva y de Adán. Un Hombre y una Mujer, en vez de un hombre y una mujer. Luego otro hombre que se introdujese como padre de la «Descendencia», sobre todo, considerada la primacía del hombre sobre la mujer, perturbaría y destruiría totalmente el simbolismo figurativo. La única diferen-

cia entre el orden antiguo y el nuevo está en que la relación del primer hombre con la primera mujer era conyugal, mientras que la del Nuevo Adán con la Nueva Eva había de ser filial. Pero así como el primer matrimonio fué de uno con una, así la segunda generación fué de un Unigénito nacido de una Virgen. Donde se contiene, por lo menos, la virginidad antes y después del parto, que son sin duda las más gloriosas así para la Madre como para el Hijo.

En San Pablo, además de las consideraciones basadas en el principio fundamental, análogas a las que acabamos de hacer, existe un texto importante, ya mencionado anteriormente, y al cual tendremos que acudir aún repetidas veces. Es el texto en que se dice del Hijo de Dios que «fué hecho de una mujer». Claro que esta expresión no es una afirmación rotunda de la concepción virginal, como son los textos de Isaías, San Mateo o San Lucas; pero la alusión al Génesis, la ausencia de toda mención de varón, y lo extraño mismo de la frase, que muchos, por creerla irregular, corrigieron en otra más llana «nacido de una mujer» todo persuade que el Apóstol quiso significar que en la generación humana del Hijo de Dios no tuvo parte alguna el varón. Además es digno de notarse el contexto de la frase, según la cual «Dios envía a su Hijo, hecho de una Mujer», donde el Hijo precisamente, en cuanto hecho de una mujer, es el Hijo de Dios. Luego Dios y María son el Padre y la Madre de este Hijo único, y fuera de ellos nadie tiene parte alguna en su paternidad. Y a la verdad, no parece decoroso, como lo indica esta misma misteriosa frase del Apóstol, que una misma persona, un solo Hijo, tuviera dos padres. Dios es el único Padre, como María es la única Madre.

Otras razones, ya más remotas, pudieran aducirse del Apóstol, sobre todo lo que enseña acerca de las ventajas de la virginidad para las relaciones con Dios (1 Cor. 7, 34-35), y la condición virginal de la mística esposa de Cristo (2 Cor. 11, 2), todo lo cual parece exigir que Cristo había de juntar la virginidad con la maternidad en su divina Madre, con quien tan estrechas relaciones le habían de unir. Pero baste haber insinuado estas razones: las cuales, si para probar el hecho de la concepción virginal no tienen la fuerza demostrativa de los testimonios explícitos de Isaías o de los Evangelistas, a los cuales hay que acudir en definitiva para comprobarle invenciblemente, tienen en cambio la ventaja de relacionarle con los principios teológicos en que se funda, y de presentarle sintéticamente dentro del sistema integral de la Mariología.

JOSÉ M. BOVER.

(Continuará.)